



© 861554 **Carlos Jurado**, *Ahorreadito en la bañera*, Colección Carlos Jurado, México, 1996
SECRETARÍA DE CULTURA.INAH.SINAFO.FN.MX Negativo de película de seguridad

Sobre la memoria y una calavera

Marcela Quiroz Luna*

* Investigadora independiente

Hace tiempo que se inauguró en Viena una exposición de arte contemporáneo sobre el robo de arte perpetrado por el Tercer Reich contra la comunidad judía. En la muestra, la obra de Petra Gerschner y Michael Backmund reitera ocho veces la misma pregunta: “What does memory mean to you?” (¿Qué significa para ti la memoria?).

La imagen que nos ocupa podría parecer una “respuesta estenopeica” idónea de Carlos Jurado (Chiapas, 1927) ante la pregunta de ese par de artistas de otra generación, cultura, medios, etcétera. Una interrogante sería y franca, de carácter filosófico y fenomenológico —pero ciertamente no dirigida a Jurado—; su imagen *Ahorcadito en la bañera* (1996) tampoco intentaría responderla. La fotografía de Jurado retrata una de esas “calaveritas” con piernas y brazos de alambre desmayados, de cabeza blanca y manchas negras simulando un cráneo vaciado de tiempo; un juguete artesanal tradicional mexicano que cada “día de muertos” pende de un retrovisor o de un puesto de cempasúchil. La de Jurado está ocurrentemente “ahorcada” entre las llaves de la tina de baño de su apartamento en la colonia Condesa de la Ciudad de México.

Y es que, respondiendo a la pregunta con que inicia este breve escrito, la memoria no es la permanencia en imagen como último reducto de la vida, que la dota de monumental significancia; al contrario, es la constatación de la muerte —sea por olvido (subexposición), o por exceso de recuerdos (sobreexposición). Una y otra —fotografía y memoria— se constituyen de lo que se ha ido; y su existencia depende de la muerte. Una muerte “chiquita”, casi imperceptible, y que sin embargo destina un instante ya para siempre melancólico; o una muerte de irredenta devastación ante el desprendimiento absoluto de “lo humano” del ser que desata un genocidio.

Pero volver a la vida y explorar las infinitas posibilidades de la cámara estenopeica (caja oscura) —como lo hizo Jurado en la década de 1970— no fue una acción reaccionaria; como tampoco, fotografiar una calaverita colgada por el cuello esconde un significado conceptual o simbólico más allá del objeto / sujeto retratado.

En realidad ambos gestos pertenecen —sin abiertamente confesar— una intención “mayor”, por supuesto, imposible: engañar a la muerte, al menos por un ratito, y de preferencia, ir dejando pistas para que podamos crear el significado que entonces necesitamos.